

Las Torres

¿Para qué construyen torres tan altas si los bomberos sólo pueden llegar hasta el séptimo piso? Durante el día de la catástrofe de Nueva York o en algún día después, alguien mencionó en la televisión una frase parecida a ésta que puso en boca de uno de los personajes de *El coloso en llamas*. Además de por razones puramente económicas, entiendo que ha existido una estúpida carrera por estar entre los primeros en ese dudoso ranking que encabezan, sólo por ahora, las Torres Petronas de Kuala Lumpur. No es sino otra modalidad –más cara y sólo un poco más duradera– de ese afán por tener unos instantes de gloria apareciendo en los libros de récords. El ser más que nadie, el ser el primero o el último en algo nos lleva a ser más nadie en memez, o el primero en tontuna, o el último en inteligencia. El libro *Guinees* es, más que una recopilación de triunfos y de esfuerzos, un tratado de curiosas estupideces.

Nunca ha estado de moda ser corriente y moliente, pero ahora mucho menos. Ahora lo que está de moda es la singularidad, sólo así se logra la fama, máxima aspiración de los miembros de una sociedad que piden saludar a sus familiares y amigos desde la radio, aunque estén sentados a su lado, para que sus nombres sean oídos por mucha gente, que se embarcan en maratonianos viajes en autobús y consienten en ser tratados como borregos sólo para salir como público en un programa de televisión en el que el alcalde de su pueblo suele tener adjudicado el papel de primer garrulo y sus vecinos el de saltimbanquis o el de nativos de otra época. Ser famoso es difícil para un padre de familia trabajador y honrado. Y, sin embargo, no hay función más complicada, en éstos y en todos los tiempos. Ni hay personaje más literario que el del padre vencido por lo que él cree tozuda equivocación de su hijo. Para alcanzar lo que ahora se entiende por triunfo, hay, por ejemplo, que hacer una hilera de dos millones de castañas: con ello se logra un apunte en ese libro de los récords y que te sacan en algún programa nocturno de la televisión junto a una mujer que se ha implantado la tercera teta.

No recuerdo exactamente cómo era aquella frase de uno de los personajes de la película *Titanic*, pero venía a decir que a aquel barco no lo hundiría nadie, ni Dios siquiera. El hombre, como se demostró enseguida, tiende a valorarse en más de lo que es. Las Torres Gemelas habían sido levantadas con el mismo espíritu de desafío: estaban preparadas para resistir casi todos los embates de la naturaleza. Sólo habían descuidado uno: la estupidez humana, tan natural como el agua o el fuego. Alguien que quería batir todos los récords de muerte y al mismo tiempo entrar en el cielo por la puerta grande acabó con ese símbolo del poder y de la técnica.

Dicen que Nueva York ha perdido parte de su singularidad, que le falta uno de sus símbolos, que los neoyorquinos se guiaban por la referencia visual de las torres para circular por la ciudad y ahora andan como perdidos. Ya hay quien habla de construir otra u otras, quizá más altas, quizá más sólidas. Si es así, y puesto que los bomberos sólo pueden llegar hasta el séptimo piso, espero que los arquitectos consulten a teólogos y a psiquiatras y las hagan a prueba de iluminados.

Juan Bosco Castilla